EN RECUERDO DEL PERRO DE UN POETA

A "Sirio", que acompañó a Vicente Aleixandre.

A ti, que acariciaste
el destello infinito del traje humano cuando
dentro de él bulle el poema,
a ti, de rumboso bautizo,
que con azul saliva y lengua zalamera
lamiste frescos pulsos trémulos de altas bridas,
unas manos creadoras, con mimo de sal siempre,
ahora que recuerdo
años de amistad limpia,
te silbo. ¿Me conoces?
Fué hace seis años, cuando
mi cadena era de aire, como la que tu amo
te puso, en el jardín. Os mirabais, pisabais,
tú su región inmensa y sin murallas,
él tu reino sin huellas.
¿Quién era el servidor? ¿Quién era el amo?
Nadie lo sabrá nunca,
pero el ver las miradas era alegre.
Un buen día, atizado por todas las golondrinas del mundo
hasta ponerlo al rojo,
callaste para aullar eterno aullido.
No ladraste a los niños ni a los pobres
sino a los malos poetas, cuyo tufo
olías desde lejos, fino rastreador.
Quizá fueron sus hijos
quienes en esa hora de juerga ruin, colgaron
de tu rabo, de tu hondo corazón asustadizo,

la ruidosa hojalata cruel e impresa
de sus vendidos padres. Fué lo mismo.
Callaste. Pero ahora
vuelvo a jugar contigo, desde esta sucia niebla
con la que el aire limpio de nuestro Guadarrama
haría un sol de julio, junto con tus amigos,
viendo sobre tu lomo la mano fiel del amo;
y te silbo, te hablo y acaricio
tu pura casta, tu ofrecida vida,
ya para siempre, «Sirio»,
buen amigo del hombre,
compañero del poeta, estrella que allá brillas
con encendidas fauces
en las que hoy meto al fin, sin miedo, entera,
esta mano mordida por tu recuerdo hermoso.



CLAUDIO RODRÍGUEZ